

amistad, trató luego casamiento de un hijo de Garay, con hija de Cortés, que se llamaba Doña Catalina Cortés y Pizarro y quedando amigos, le dió despues una enfermedad á Garay, y le asistió con toda fineza Fr. Bartolomé, reduciéndolo á una buena confesion que hizo con él, y murió en sus manos como buen cristiano; con que se verá el celo santo y prudencia con que este verdadero religiosa acudía á todas las cosas para que tuviesen el acierto que convenia.

CAPITULO XII.

En que se trata de la prision y muerte de Montezuma, y de lo que en ella obró Fr. Bartolomé.

En el capítulo 118 de la historia de Bernal Diaz del Castillo, se refiere que habiende vuelto Fernando Cortés, con su ejército ya copioso, por la presa que habían hecho de la armada de Panfilo de Narvaez, se ensoberbeció más de lo que debiera, y empezó á hacer prodigalidades con los soldados de Panfilo de Narvaez, dejando sin premio y sin paga á muchos de los suyos que tambien lo merecian; y viendo esto, y la soberbia que nuevamente habia engendrado, no pudo sufrirlo Fr. Bartolomé, y acompañado con Alonso de Avila, capitan muy cuerdo, muy cristiano y muy valiente, se entró á él y le reprehendió

con libertod y espíritu muy cristiano, afeándole todo lo que hacia, y diciéndole lo que le pareció convenia decirle, así cerca de repartir los honores y premios entre los españoles, y la justicia distributiva que en ésto debia observar; como en reprimirle los espíritus vanos y soberbios, y que hablase bien de Montezuma en ausencia por que de lo que hacia y hablaba se podia seguir más que indignar á los mexicanos y estorbarse el fin que se pretendia de la conquista de éste reino y la reduccion á nuestra santa fé católica de tantas almas.

Sosegado Cortés con éstas santas advertencias de Fr. Bartolomé, y viendo las dilaciones de Montezuma, que no acababa de resolverse en que México y su tierra estuviese pacífico, ántes se entendia que andaban en pláticas de levantarse todos los indios contra Cortés y matar á los españoles; pareció conveniete prender á Montezuma, como de hecho se hizo; tratándole con mucha cortesía y regalo. Pero luego que los mexicanos supieron que su Montezuma estaba preso, se alborotaron fieramente, y al punto levantaron por rey de México al Sr. de Iztapalapa, primo de Montezuma que se llamaba Coadlauaca, y por muerte de éste que fué muy breve, levantaron por rey á otro sobrino de Mon-

tezuma que se llamaba Guatimuz; y estando con el nuevo rey los indios muy encendidos en rebeldia, cercaron á Cortés y á los demás españoles en los aposentos adonde estaban y los pusieron en tanto aprieto, que tenian Cortés y los nuestros sobre sí más de cien mil mexicanos y estrecharon tanto nuestro ejército, que mataban muchos soldados y pegaron fuego á los palacios; entónces viéndose Cortés en tan peligroso estado envió al P. Fr. Bartolomé de Olmedo á Montezuma, para que le hablase y persuadiese, á que se asomase á una ventana y mandáse á los indios que se sosegasen, que con eso se iria Cortés de México, y los dejaría quietos; mucho trabajó Fr. Bartolomé en esta demanda, pero su prudencia y cordura lo negoció de manera, que aunque de mala gana (por que ya estaba Montezuma muy indignado con Cortés) se hubo de asomar á la ventana, para dar á entender á los indios que estaba vivo y quería que se apaciguasen; y así que se asomó estaban los indios tan sumamente rabiosos que tiraron un flechazo y dos pedradas que le dieron en la cabeza á Montezuma y le deribarón muy mal herido.

Sintió grandemente Cortés la desgracia de Montezuma por que todo ésto era presagio del daño que á él le amenazaba; visitóle algunas ve-

tes consolándolo y procurando satisfacerle, no tener él la culpa de aquel suceso, sinoda soberbia de sus mismos indios; y viéndolo tan malherido, le puso por guarda y compañía à Fr. Bartolomé de Olmedo, y algunos soldados, éstos para que le asistiesen y cuidasen de su persona, y aquel para que le consolase y procurase reducir al gremio de nuestra Madre la Santa Iglesia, bautizándose y abrazando nuestra santa fé católica, quedó siempre Fr. Bartolomé à su cabecera sin faltar de su lado hablándole siempre en órden à que ya que se veia tan peligrada la salud de su cuerpo, que no permitiese se perdiera la del alma, y para ello usaba cuantos medios le dictaba su santo zelo: ya le proponia los horrorosos espantos del infierno; ya le suaves esperanzas de la gloria, trayéndole varios ejemplos de lo uno y lo otro, en las formas y lenguaje que el Montezuma podia entenderlo y hacerse más capáz de todo, tanto que muchas veces le obligó à enternecerse y à verter muchas lágrimas. Aflijase el santo religioso, de ver que ésto se le pasaría muy presto à Montezuma, y que volvería luego à los sentimientos con que estaba de ver que se moria desposeido de tantos reinos como habia mandado y gobernado en los diez y siete años que habia reinado; y quejába-

100
se agriamente de Cortés que lo habia engañado, pedia venganza al cielo de los vasallos que se le habian revelado, y habian favorecido à Cortés: todo lo cual era muy duro y terrible para introducir en él la creencia de nuestra fé y darle el agua del bautismo; y fué tanto lo que trabajó Fr. Bartolomé en catequizarle y quitar de él estas pasiones para bautizarle, que le pudo costar la vida.

Varias son las opiniones que traen algunos autores sobre si se bautizó el emperador Montezuma; y se ponen aquí brevemente, porque en lo uno y otro obró Fr. Bartolomé como varon apostólico, pues si se bautizó, es cierto que lo bautizó Fr. Bartolomé de Olmedo; y si no se bautizó (que es lo más cierto,) no hay quien dude que no fué por descuido de Fr. Bartolomé, y que en persuadirlo obraría con el zelo santo que acostumbraba. Diego Muñoz Camargo, en su memorial de la descripcion de Tlaxcala, dice que oyó à muchos de los conquistadores que conoció y comunicó, que estando ya para morir pidió el agua del bautismo, y que fué bautizado cristiano, y que fueron sus padrinos Fernando Cortés, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olíd. Esta opinion es muy piadosa y fuera de la verdad que escriben los autores más fidedig-

nos, como Bernal Diaz del Castillo y Antonio de Herrera en su historia de las Indias, y Fr. Juan de Torquemada, en su Monarquía Indiana, libro IV, capítulo 70, párrafo 20, lo pone en duda como se verá despues, y parece que no pudo suceder como lo refiere Camargo, por que si fuera verdad, se preciaría de ello Fernando Cortés, y con ésto hubiera sido caso muy público y sabido, y no se le hubiera ido por alto á nuestro verídico autor y testigo de vista de todo, Bernal Diaz, que sin duda lo refiriera; mayormente habiendo escrito Gomara que pidió Montezuma el bautismo por las carnestolendas de aquel año, y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solemnidad que requiere tan alto sacramento y tan poderoso Príncipe; y añade luego; "aunque mejor fuera no alargarlo, mas como vino Pánfilo de Narvaez, no se pudo hacer, y despues de herido, olvidóse con la prisa del pelear." En todo escribió éste autor, ó muy mal informado ó muy antojadizo, y así le refuta tantas veces Bernal Diaz; y se conoce bien claro en éste caso, porque si lo primero que hacian Cortés y Fr. Bartolomé á cualquiera pueblo donde llegaban, era procurar quitar la abominacion de los ídolos, poner altar con la imágen de la santa Cruz y de la Virgen Santí-

sima y luego bautizar indios, é introducirlos á nuestra santa fé, ¿quien se persuadirá á que no solicitasen lo propio estando en México y teniendo en la mano un pájaro de tanta suposicion, como el emperador soberano de éste reino, el gran Montezuma? con quien solicitaron tan vivamente la abolicion de sus ídolos, que no se pudo conseguir, como queda ya referido, y habiendo negociado con él, que dejase hacer una ermita ú oratorio para que se dijese misa y se celebrasen los officios divinos; pues ¿será creíble que alguna vez pidiese Montezuma el bautismo y no se le diese al instante? Sólo el cronista Gomarra se pudo persuadir á ello, en que erró como en todo lo demás que escribe en su historia.

El P. Fr. Juan de Torquemada lo escribe más verídico, diciendo en el capítulo citado, que estando herido de las pedradas Montezuma, iba cada dia creciendo más el accidente, y empeorando la herida, porque no se quiso jamás curar de ella, y viendo que le faltaban las fuerzas, mandó llamar con gran prisa á Cortés, y sentado en la cama arrimado á los cojines con muchas lágrimas, tomándole por las manos, le dijo que no sabia por dónde comenzar, que él era Montezuma á quien tanto habia porfiado de visitar.

y aquel á quien tanto en el mundo habian reverenciado, que, qué desgracia habia sido la suya, que él no se alzó con reino ageno, que habia hecho justicia, conquistado muchos reinos, hecho muchas mercedes; y que aquellos que no le osaban mirar, se hubiesen atrevido contra su Rey, diciendo palabras que no se dijieran á un esclavo, apedreando la persona Real, y que el corazon se le hacia pedazos y acababa la vida con gran rãbia, y que quisiera mucho ver el castigo de aquellos, pero que ya no habia remedio, y que más le acababa el enojo que la herida, y le rogaba que pues moria por su causa, tuviese cuidado de sus hijos, y castigase á los que le habian afrentado y al que se le habia alzado con su reino. No pudo Cortés dejar de enternecerse mucho con estas razones, y tomándole las manos le suplicó, que no se aflijiese, que haría lo que le mandaba, como si el Rey su señor se lo ordenara, que habia hecho mal en no dejarse curar, y que le daba palabra de mirar por sus hijos, y vengarle muy bien. Con estas y otras muchas razones que le dijo Cortés, quedó muy consolado, y por ir á ver lo que pasaba en la batalla se despidió de él. Volvió á verlo otro dia, que le dijeron que estaba muy malo, y hallóle muy angustiado, dijole que pues se habia con-

certado, que se bautizase que lo hiciese y salvase el alma, que allí estaba Fr. Bartolomé de Olmedo que lo haría. Respondió, que por media hora que le quedaba de vida no se quería apartar de la religion de sus padres, y luego murió en presencia de algunos señores que estaban presos con él, á los cuales encomendó á sus hijos, y la venganza que deseó hasta el último punto. Jamás consintió paño ni cosa sobre la herida, y si se los ponian, muy enojado se los quitaba deseándose la muerte; ésto es lo que refiere Torquemada, y es lo comun que corre entre los autores verídicos, de la muerte de gran monarca Montezuma. Y se conoce de ésto, y de lo que refiere Bernal Diaz no haberse bautizado; pero tambien se conoce del zelo y piedad de Fr. Bartolomé, las diligencias que haría, y el conato que pondría en persuadir á Montezuma á que se bautizase y salvase su alma: pero no sería la voluntad de Dios que se consiguiese, por sus justos é inescrutables juicios, á que siempre nos debemos conformar.

105

CAPITULO XIII.

De los sucesos y trabajos que pasó Fr. Bartolomé de Olmedo, en la salida penosa que tuvieron los españoles de México, y el gran desinterés que mostró en el repartimiento del oro que se hizo.

Como estaban tan soberbios los indios mexicanos, sentidos de la prision de su emperador Montezuma, y aún de su muerte que no dejarían de saberla ya, y con el levantamiento del nuevo rey Guatimuz, que era un mozo de levantado espíritu, y de valor, no cesaban en la guerra fiera que daban à los españoles, à quienes tenían ya tan flacos de fuerzas y tan sitiados, que ya no trataban estos, sino de ver y pensar cómo escaparían las vidas, y así dispusieron el salir huyendo como pudiesen, para escapar de

sus manos, como lo hicieron aquella noche triste expuestos à perder las vidas, como más largamente lo trae Bernal Diaz, y à mí no me toca el referirlo; sino decir solamente que à la salida de México, los españoles con la tribulacion que queda referida; murieron muchos à manos de los indios, otros se ahogaron en las acequias, otros fueron presos vivos y llevados à sacrificar à sus ídolos; y cuando iban huyendo los que quedaron, se hallaron sin el Padre Fr. Bartolomé de Olmedo, y juzgando que habia sido uno de los presos ó muertos, causó universal sentimiento la pérdida del predicador y padre espiritual de todos, del que los animaba y consolaba en todas ocasiones, del que mediaba y componía cuantos motines, enojos y diferencias habia, no solo entre los españoles, sino entre los indios amigos. Pero fué Dios servido que esta presuncion saliese falsa, despues de cuatro ó cinco dias se apareció en el ejército de Cortés, de que hicieron todos grandes algazaras y júbilos de alegría, dándole à Dios infinitas gracias por haberles restituido todo su consuelo en el escape y vuelta de su Padre Fr. Bartolomé, el cual les contó como aquella noche terrible, yendo huyendo como todos los demás, cayó en una de las acequias, donde le cojieron los indios, en cu-

yo poder padeció muchos golpes y malos tratamientos, y no le mataron allí, por que le tenían preso para sacrificarlo á sus dioses y comérsele, como hacian con los demás que sacrificaban. Pero que la misericordia de Dios lo dispuso de forma que descuidándose los indios de ponerle guarda suficiente, se pudo escapar de su fuerza hasta llegar á su presencia para proseguir en el ministerio santo á que Dios le tenia dedicado; conque descansó y se reparó de los trabajos que habia pasado y continuó en el ejército de Cortés, sus ejercicios de confesarlos, decirles misa y consolarlos animándolos siempre á conseguir el fin de sujetar esta tierra á la obediencia del gran emperador Carlos quinto, y reducir tantas almas al conocimiento verdadero de Dios y de nuestra santa fè católica.

Habiendo huido en esta ocasion los españoles que quedaron de aquella fiera batalla, pasó al gun tiempo, hasta que volvieron ya muy bien peltrechados de todo lo necesario, y más gente que se les habia agregado, y dieron sobre los mexicanos, de suerte que á breve tiempo los sitiaron con los bergantines por las lagunas; y ganaron la tierra rindiendo y sujetando tan dilatado imperio á la corona de España y agregando á nuestra Santa Madre la Iglesia, tantos hi-

jos; de lo cual y sus circunstancias no me toca hablar, pues todo se verá en la historia de Bernal Diaz del Castillo que lo trata muy dilatada y verdaderamente; solo diré lo que entónces obró nuestro Fr. Bartolomé, que fué que haciendo junta de todos sus capitanes, Cortés, para repartir el oro que habia quedado de los despojos de México, sobre que hubo muchos encuentros y resultaron muchas pesadumbres entre los soldados; tomó la mano para pacificarlos Fr. Bartolomé como buen religioso caritativo y sumamente desinteresado, y fué de parecer, que este poco oro, que habia, se repartiese entre los soldados, que habian quedado estropeados y padecian enfermedad y pobreza. Así lo refiere el autor Bernal Diaz en dicha historia capítulo 157, párrafo 2^o, de donde se conoce bien el ánimo caritativo y desinteresado de Fr. Bartolomé, como en las demás ocasiones en que se hallaban los españoles con cantidades de oro, plata y ropas, así de lo que tomaban por despojos, como de presentes que les hacian los indios, que jamás se verá que Fr. Bartolomé, tomase no solo en la mano, pero ni en boca, cosa alguna de estas, porque nunca cuidó, más que de la conversion de las almas psra Dios.

Despues de algunos meses se trató de dispo-

ner las cosas de la ciudad de México, y repartir algunos sitios, así para Iglesias, como para moradas y viviendas de los conquistadores; y no habiendo entónces religiosos de otras ordenes, más que Fr. Bartolomé de Olmedo del orden de Nuestra Señora de la Merced, como se le debia tanto, siendo aquellas conquistas (aunque lo pretendan negar, ó encubrir algunos envidiosos) reconocedor, de que por su camino, deben tanto á Fr. Bartolomé de Olmedo, como al mismo Fernando Cortés, por que si este con su valor y espada, ganó nuevos reinos para nuestros católicos Reyes: Fr. Bartolomé, ganó millones de almas para Dios dándole tanta multitud de hijos á la Iglesia, y si Cortés puso el primer estandarte, con las armas de Castilla en los reinos de la Nueva España, Fr. Bartolomé fué el primero que en ellos enarboló el sagrado estandarte de la Cruz, y la primera imágen de Cristo y de su Madre, y el que fundó la primera Iglesia, y el que primero predicó en ella, y el primero que catequizó y bautizó indios; por cuyo respeto, es muy cierto, que Cortés le ofreceria y daría á escoger el mejor sitio de la ciudad, para que en él fundase convento de nuestra religion, esto supuesto, lo encomendaria á Dios el santo religioso, para determinar lo que fuese mejor, así en la

eleccion del sitio, como en la fundacion. Pero hallándose solo, y pareciéndole que no cumplia con la obligacion de perfecto obediente si no daba cuenta á Ntro. Rmo. Padrē Maestro general de todo el orden, así para que le diese licencia de fundar la religion en estos reinos, como para que le enviase religiosos compañeros que le ayudasen, huvo de avisar de ello, y pedir dicha licencia, que aunque por entónces no se le enviaron, despues vinieron doce religiosos con Cortés, como se verá despues, y la causa por que no se fundó entónces convento de nuestra religion en este reino.

En todo éste tiempo, no holgaba Fr. Bartolomé, ántes lo empleaba agazajando á los indios, para introducir en sus corazones con suavidad nuestra santa fé católica catequizaándolos é instruyéndolos en ella, y asentando con ellos las horas competentes para enseñarles la doctrina cristiana; y apaciguando los que de nuevo se rebelaban en aquellas provincias; como lo hizo dando la vuelta para Tetzcuco y componiendo á los indios pretendientes del cacicazgo y señorío de aquel reino poniendo en posesion de él, á un mancebo de linda suerte y buen talle, á quien algunos llaman Cuxeuca, y dicen que era hijo de Nezabal Piltzintli, verdadero señor de aquel

Estado; y al dicho Cuxeuca bautizó Fr. Bartolomé de Olmedo, y le puso por nombre D. Fernando Cortés, por haber sido su padrino el general Fernando Cortés; y asimismo á otros indios que le oían con mucho gusto su doctrina, y la persuacion á abrazar nuestra santa fé católica. No ménos se conoció el espíritu, valor y deseos del servicio de ámbas majestades que ardía en el pecho de Fr. Bartolomé cuando yendo el capitán Hernando Cortés á la provincia de Panuco á sosegar á los indios de ella que se habian rebelado con grandísima pujanza de indios guerreros muy valientes; despues de haberlos retirado Cortés, envió al P. Fr. Bartolomé á que llamase de paz á los indios, é hizo su legacia con tanta prudencia, y dijo tan discretas razones á los indios capitanes que los redujo con mucha facilidad, y luego al punto dieron la obediencia á nuestro Rey y Señor como refiere el historiador verídico Bernal Diaz, en el capítulo 158; como tambien apaciguó á Pedro Vallejo que era teniente de Cortés en la ocasion queprehendió á Francisco de Garay, y le hizo luego soltar y á los demás suyos que estaban en la cárcel; diciendo Fr. Bartolomé éstas palabras que refiere Bernal Diaz, capítulo 162, "hagamos nuestra cosa sin sangre, pues podemos, y será Dios y el

Cesar más agradados," que éste era el intento de éste venerable varón y su prudencia.

No se puede pasarse en silencio lo que le pasó á Fr. Bartolomé con Cortés despues de haberse ganado éste reino, porque se conozca la entereza y valor de espíritu de tan bueno y ajustado religioso, y fué que habiendo ya conseguido Cortés y nuestros capitanes la victoria de rendir á Guatemuz y tan formidable ejército de fieras restadas como tenia de innumerables indios, luego que se vió Cortés dueño de ésta gran ciudad de México, quiso celebrar la victoria, é hizo el gran capitán un banquete muy espléndido, á todos sus capitanes y soldados, en que todos se brindaban unos á otros, con grandes algazaras, unos haciendo el brándis á la salud de Cortés, otros haciendo la razon y brindando á la salud de los valerosos capitanes; en que se deja entender que no estaba muy buena la razon; viendo Fr. Bartolomé esta sinrazon se encendió en celo santo de la honra de Dios, y levantando la voz les dió una muy gentil reprehension, diciéndoles, que no era tiempo de aquel desórden ni de celebrar una victoria tan milagrosa como la que por solo Dios y su Madre Santísima se habia conseguido, con banquetes profanos y brándis escandalosos, que trata-

sen solamente de dar infinitas gracias à Dios por los buenos sucesos que les habia concedido su misericordia infinita; y que solo se dispusiesen para confesarse y hacer una procesion en accion de gracias, como se hizo luego otro dia, y todos confesaron y comulgaron, siendo ministro de esta accion el Padre Fr. Bartolomé de Olmedo; conque se conocerá la veneracion que todos le tenian, y que en todo tiempo no deseaba más que la honra y gloria de Dios.

CAPITULO XIV.

De lo que obró el Padre Fr. Bartolomé de Olmedo despues de la conquista de este reino en prosecucion de su ministerio, y servicio de ambas Magestades.

Luego que se consiguió esta milagrosa victoria, quedando ya éste dilatado reino sujeto á la obediencia de nuestro gran monarca y emperador Carlos quinto, no desmayó, ni se cansó el valor de los invictos capitanes españoles, sino que procuraban estender más sus gloriosos triunfos, y acometer á nuevas tierras, para dilatar más la corona de su Rey y Señor. Y así luego por el año de 1522 trató Cortés de enviar á Pedro de Alvarado, á conquistar la tierra que va de México para el Oriente hacia la parte del Sueste, que es la gran Provincia de Guatemala;